Sección internacional

ENERGÉTICOS

Estados Unidos, la nación energívora

En 1979 el presidente de Estados Unidos, James Earl Carter, llamó a la política energética de su país "el equivalente moral de la guerra".[1] Ingeniero nuclear, miembro de la Trilateral, Carter era (en concordancia con el miedo de desabasto que provocó la revolución iraní) un partidario a ultranza de la eficiencia energética y de combatir la dependencia petrolera estadounidense con un modelo industrial que ahorrara y diversificara sus fuentes de energía. Pero los recuerdos se desvanecen y los tiempos cambian. En 1991, con una situación radicalmente distinta a la que existía entonces en el mercado petrolero, nadie se acordó del equivalente moral. Los bajos precios del crudo y la sobreoferta en el mercado generaron una mayor dependencia del Medio Oriente, y el riesgo de que el flujo de crudo se interrumpiera llevó a la guerra en la zona. No hay todavía claridad sobre las lecciones que dejó el conflicto en el Medio Oriente: el optimista estaba a punto de volver a su tradicional política de auto grande y tanque lleno, cuando el pesimista comenzó de nuevo a hablar de crisis.[2]

Pasada la euforia del triunfo militar en el golfo Pérsico, con el eco de los desfiles triunfales aún en el aire, los analistas petroleros no han logrado ponerse de acuerdo respecto de las repercusiones de este acontecimiento bélico en la política energética. Para algunos, la victoria rápida y relativamente poco costosa de las fuerzas aliadas evitó que se pusiera en riesgo el acceso de las economías occidentales al crudo del Me-

1. *Business Week*, 27 de agosto de 1990, p. 19.

2. *Time*, 18 de febrero de 1991.

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.N.C., sino en los casos en que así se manifieste.

dio Oriente. Para otros, el triunfo militar se puede convertir en una derrota energética si los bajos precios del crudo conducen a que se descuiden aún más las políticas de ahorro y conservación de energía.[3]

En opinión de los optimistas, los principales consumidores de petróleo superaron una crisis y se aseguraron el acceso estable a las mayores reservas petroleras del planeta. Para los pesimistas, se desperdició la oportunidad de retomar las sanas medidas de ahorro y conservación originadas por los choques petroleros de 1973 (embargo petrolero) y 1979 (revolución iraní), mismas que se estancaron o incluso se revirtieron luego de la estrepitosa caída de los precios a partir de 1986. La conclusión en el primer caso es obvia: ha llegado el momento de concertar un acuerdo entre consumidores y productores para garantizar precios y abastecimiento estables. Menos luminosa es la segunda posible lección: la victoria de ahora sólo preparará la próxima crisis en la medida en que se incremente la dependencia energética con respecto a una zona estructuralmente inestable.

En ningún país esa lectura contradictoria es más clara que en Estados Unidos. No sólo por haber sido el principal participante de la guerra, sino porque está en vías de redefinir su estrategia energética a largo plazo; el rumbo que ésta tome dependerá, en buena medida, de las lecciones que se extraigan del conflicto reciente.

La guerra del crudo

Una idea común en la opinión pública de Estados Unidos a principios de 1991 era la siguiente: como el Gobierno no pudo colocar a sus ciudadanos frente al volante de automóviles con mayor eficiencia energética, los tuvo que poner en la torreta de tanques de guerra, vehículos que —pasiones aparte— tienen el peor rendimiento en kilómetros por litro de gasolina, especialmente en las cálidas arenas del desierto.

"No dar sangre a cambio de petróleo", fue una de las consignas entre quienes criticaron el inicio de la guerra del Golfo. El lema tenía su razón de ser.

A finales de 1990, la situación energética de Estados Unidos era en extremo frágil. Los altos costos de extracción y la baja productividad originaron una tendencia al descenso en la producción de crudo. El estancamiento en los proyectos de eficiencia y conservación energéticas generó un repunte en el consumo, que sólo se pudo satisfacer con el incremento de las importaciones. Al mismo tiempo, el bajo precio internacional del crudo desestimuló las inversiones en exploración y apertura de pozos, lo que redundó en una reducción de las reservas probadas, cuya duración prevista es de apenas poco más de nueve años. En esa circunstancia, la amenaza de que el tráfico de crudo en el Medio Oriente pudiera interrumpirse fue uno de los motivos por los que Estados Unidos entró en una guerra a la que nada logró quitar su sello petrolero, ni siquiera los argumentos sobre la liberación de Kuwait, el aval de la ONU y la constitución de la mayor alianza occidental desde el fin de la segunda guerra mundial. Si en lugar de petróleo Kuwait produjera aceitunas —señalaba con ironía la revista *Petroleum Economist*—, es poco probable que Estados Unidos hubiera puesto tanto empeño en liberarlo.[4]

En la presente nota se hace una somera reflexión sobre la forma en que han evolucionado en los últimos años la producción, el consumo y las importaciones petroleras estadounidenses. También se resumen algunas de las características de la estrategia energética que está en proceso de discusión en ese país y las perspectivas a corto y mediano plazos en el sector.

El factor petrolero

En diversos círculos de Estados Unidos existe la idea de que la política energética de su país se relaciona más con cuestiones de política exterior que con decisiones relativas al consumo de combustibles. De hecho, Estados Unidos ha tenido desde 1940 la prioridad de mantener el golfo Pérsico —o más bien su petróleo— en condiciones de control y libre acceso. En cambio, el interés por ahorrar combustible es muy reciente y no está del todo arraigado.[5]

El conflicto en el golfo Pérsico reforzó esa concepción. "La excesiva dependencia estadounidense del petróleo externo es —señaló el director-gerente de Kissinger Associates— cuando menos causa parcial de que el gobierno de Bush haya tenido que responder tan violentamente a la invasión de Irak sobre Kuwait, a pesar de que la mayoría de los estadounidenses quisieran evitar tales situaciones en el futuro."[6]

Además de otros intereses geopolíticos y militares, el oro negro fue un factor determinante para que el Gobierno destacara un contingente de más de 500 000 hombres en las arenas de su principal abastecedor petrolero, Arabia Saudita, para desde ahí lanzar durante 40 días y 40 noches su diluvio de fuego contra Irak —otro abastecedor importante—, con el fin de *liberar* a otra fuente de suministro: Kuwait.

Como la guerra es la continuación de la economía por otros medios (aforismo que actualiza el ya clásico del barón Karl von Clausewitz), el conflicto en el golfo Pérsico hizo que la política energética estadounidense se convirtiera en un asunto de arduas discusiones. El proyecto de una nueva estrategia en la materia, en que el gobierno del presidente Bush llevaba por lo menos dos años de trabajo, adquirió especial significado.

El comportamiento del sector energético de Estados Unidos explica en parte las decisiones tomadas por el Gobierno de ese país en el Medio Oriente. Asimismo, el futuro próximo en la materia y en múltiples campos de la industria, la ecología y la política internacional seguirán dependiendo en buena medida de la estrategia energética que adopte el mayor consumidor de energía del mundo, la nación que por excelencia encarna el paradigma energívoro de la civilización de nuestro siglo.

Los devoradores de petróleo

Estados Unidos es el segundo productor de petróleo del planeta, pero también es, con mucho, el mayor consumidor: con 5% de la población del mundo y alrededor de 4% de las reservas de crudo, consume la cuarta parte del crudo mundial.[7]

Cada estadounidense consumió en 1989 un promedio de 25.4 barriles (un barril es

3. Hay en la prensa y los medios académicos diversas manifestaciones de estas dos lecturas. Dos ejemplos recientes pueden encontrarse en Matthew L. Wald, "Gulf Victory: An Energy Defeat?", en *The New York Times*, 18 de junio de 1991, y Edward L. Morse, "How to Make OPEC Obsolete", en *The New York Times*, 1 de julio de 1991.

4. *Petroleum Economist*, febrero de 1991, p. 4.

5. *Loc. cit.*

6. Alan Stoga, "Petróleo para todos", en *El Financiero*, 31 de octubre de 1990.

7. Matthew L. Wald, "America Is Still Demanding a Full Tank", en *The New York Times*, 12 de agosto de 1990.

igual a 159 litros). Esta cifra resulta especialmente contrastante si se le coteja con las de los países subdesarrollados, donde se consumieron en promedio 1.8 barriles. Esa comparación, sin embargo, resulta un poco abusiva, puesto que las diferencias en ingreso y producto explican en parte el mayor consumo energético. Tal vez sea más prudente comparar economías de avance industrial semejante, pero aun así el uso de crudo en Estados Unidos es más elevado que el promedio de 16 barriles por habitante que tiene la OCDE y que el de algunos países de similar grado de desarrollo. En 1989, el consumo por habitante en Japón fue de 14.8 barriles de crudo, en Alemania Federal de 13.5 y en el Reino Unido de 11.1 barriles. El PNB por habitante en Japón fue en ese mismo año superior al estadounidense, el de Alemania apenas inferior y el del Reino Unido no considerablemente menor.[8]

La conclusión es obvia: el modelo económico y social de Estados Unidos se basa en un alto desperdicio energético, producto del bajo precio y la abundancia de petróleo que caracterizó al período posterior a la segunda guerra mundial. Durante más de 40 años la cotización del crudo se mantuvo estable entre uno y dos dólares por barril y el abasto fue seguro debido a la estructura cartelizada de la industria. El transporte por automóvil y la gasolina barata se volvieron partes consustanciales del modo de vida estadounidense, casi tan importantes como el béisbol, el cine de Holywood y las armas de fuego. Sólo así se explica que de los 17.3 millones de barriles diarios que se consumieron en promedio en 1989, 63% se usara como combustible para transporte, 69% del cual se quemó en forma de gasolina. La cuadruplicación de los precios y el proceso de nacionalizaciones en los años setenta terminó con la etapa de energía segura y barata, pero el proceso de cambio en la economía y en la sociedad estadounidense no ha sido rápido y ha tenido dificultades para arraigarse, por más que "la mayoría de los adictos al petróleo se dan cuenta de que tendrán que detener algún día sus hábitos de desperdicio".[9]

El rehén energético

Tres veces en las pasadas dos décadas Estados Unidos se ha enfrentado a amenazas externas de trastornos en el mercado petrolero. El embargo declarado en 1973 como consecuencia de la guerra árabe-israelí disminuyó los flujos de crudo procedente del Medio Oriente y cuadruplicó posteriormente el precio. En 1979, la revolución islámica en Irán dejó a Estados Unidos sin uno de sus grandes aliados en la zona, lo que provocó una nueva escalada de precios.

Ambos fenómenos hicieron que se pusiera en marcha una estrategia defensiva, coordinada por la Agencia Internacional de Energía, para disminuir el consumo de petróleo por unidad de producto industrial, aumentar el rendimiento de los automóviles y disminuir la dependencia energética. Esta política resultó exitosa en todo el mundo. De 1977 a 1985 en Estados Unidos se disminuyeron a la mitad las importaciones, y las medidas aplicadas en el período 1973-1985 consiguieron una mayor eficiencia en el consumo de petróleo y gas natural. El principal indicador de esta tendencia fue la reducción desde los 20 900 unidades térmicas británicas (BTU), equivalentes de petróleo o gas natural, que se requerían por cada dólar del PIB estadounidense en 1973, a 13 200 BTU en 1985. A partir de ese año la tendencia se estancó y en 1989 se redujo a 12 900 BTU.

La mejoría en eficiencia fue notable también en los automóviles. Según datos recientes, los coches estadounidenses consumen en la actualidad 65.8% menos de la energía que usaban en 1973. Este descenso se logró principalmente por la elevación en el rendimiento de la gasolina: de un promedio de 14 millas por galón a fines de los setenta a alrededor de 20 millas en 1986, cifra que se mantiene hasta la fecha.[10]

El fin de la austeridad

La crisis de 1986 hizo que la tendencia cambiara. Ese año, cuando los precios bajaron hasta menos de 10 dólares por barril, el entonces vicepresidente George Bush fue enviado a persuadir a los dirigentes de Arabia Saudita (que a la sazón promovían una política de defensa de la cuota del mercado, por encima del sostenimiento de los precios) para que restringieran su oferta de crudo y volvieran a la política de fijar una cotización piso en un mercado a punto del colapso.

Los dirigentes de la principal nación industrializada del mundo, los mismos que durante décadas acusaron a la OPEP de haber causado la recesión de los años setenta debido a su política de precios altos para el crudo, ahora viajaban a Ryad para detener la caída de las cotizaciones. Fue una razón estrictamente práctica la que motivó el cambio de postura. El Gobierno estadounidense creyó que un precio tan bajo del crudo devastaría a la industria petrolera nacional, principalmente a las de Tejas y Oklahoma, que tienen baja productividad y costos de operación muy altos.

Las gestiones de Bush, aunadas seguramente al despido del jeque Ahmed Zaky Yamani como ministro de petróleo saudita y al agotamiento de las finanzas del reino, tuvieron éxito y la guerra de precios de 1986 se dio por terminada con muchos derrotados y ningún ganador.

Los precios, sin embargo, no llegaron a aproximarse siquiera a los niveles récord de 1981. Aunque hubo una ligera recuperación, para todo el mundo petrolero quedó claro que se había iniciado una nueva etapa, esta vez caracterizada por la plétora de la oferta y los bajos precios. Casi de inmediato, algunos expertos llamaron la atención respecto del riesgo implícito; las estadísticas, decían, eran claras: la mayor parte del petróleo del mundo está en el Medio Oriente y los que se dejaran llevar por el espejismo de los bajos precios pagarían posteriormente con la factura de la dependencia petrolera. Llamaban, entonces, a una prudente política de ahorro y conservación, por más que el precio fuera atractivo.

Sin embargo, los negocios petroleros están muy lejos de regirse por las estadísticas. El quinquenio de precios bajos que siguió a la guerra de las cotizaciones trajo varios cambios en el mercado, especialmente en Estados Unidos. Algunos de los logros en materia de conservación energética eran irreversibles. La disminución en la cantidad de energía por unidad de producto y el mejor rendimiento de los automóviles fueron permanentes. Sin embargo, en diversos terrenos se produjeron retrocesos respecto del período anterior en materia de ahorro e independencia petrolera.

La primera señal de alarma se presentó en el abasto nacional. La producción tendió a retroceder año con año. En parte por la falta de estímulos para la exploración y explotación, en parte por las restricciones ecológicas y en parte porque el precio bajo del crudo hizo que muchos de los pozos resultaran poco rentables, en el período

8. OPEC, *Facts and Figures*, Viena, 1989.
9. *Business Week*, 27 de agosto de 1990.
10. *The News*, 7 de marzo de 1991.

1985-1990 la producción petrolera estadounidense disminuyó continuamente. El consumo de hidrocarburos mantuvo su crecimiento, aunque a un ritmo mucho más lento que en el pasado. A ello contribuyó que la eficiencia energética sufriera un estancamiento.

Como resultado, la proporción de las importaciones en el consumo total de Estados Unidos creció en forma acelerada: en 1985 fue de 27.3% (10% de países de la OPEP), porcentaje más bajo que el 34.8% de 1973, año del embargo, y notablemente menor que el pico de 43.1% de 1979 (la revolución islámica en Irán). Las importaciones subieron a 33% del consumo en 1986 (17% procedentes del cártel), a poc más de 35% en 1987 (18% de la OPEP) y a 38% en 1988 (20% de la OPEP). En 1989 y 1990 el porcentaje de importaciones en el consumo volvió al nivel que tenía en los setenta. Por primera vez en la década, más de 40% del consumo estadounidense de crudo fue importado (41.9% en 1990). La participación de la OPEP en este abasto llegó a superar 25%, también como en los viejos tiempos. Si bien no en el momento en que lo quiso, Yamani finalmente cosechó un fruto tardío al recuperar cuota en el mercado. La guerra del Golfo fue uno de los precios que se tuvieron que pagar por ese descuido. "Algunas lecciones —dice la revista *Time*— no se aprenden fácilmente."[11]

También cambió el peso relativo de los distintos abastecedores. En 1973 los principales proveedores de Estados Unidos fueron Canadá (1.33 millones de b/d), Venezuela (1.14 millones de b/d), Antillas Holandesas (585 000 barriles de crudo procesado allí y procedente de diversas naciones), Arabia Saudita (486 000 b/d) y Nigeria (459 000 b/d). En cambio, en 1990 los primeros cinco vendedores fueron: Arabia Saudita (1.34 millones de b/d), Venezuela (1.02 millones de b/d), Canadá (921 000 b/d), Nigeria (797 mil b/d) y México (752 mil b/d). Un claro vuelco hacia los proveedores de la OPEP

La estrategia de un viejo petrolero

El Refugio Nacional para la Vida Salvaje del Ártico (ANWR por sus siglas en inglés) es una pequeña porción del extremo norte de Alaska, a unas 20 millas de Canadá. Su costa, una planicie congelada de menos de 10 millas de ancho y 70 de largo, es el hogar de unos 200 indios induit (llamados esquimales por los europeos), 200 000 caribús y algunas docenas de especies raras del Ártico.

Es también, quizá, el mayor campo petrolero estadounidense por descubrir.

Prominente empresario petrolero en su natal Tejas antes de su actuación exitosa en la política, el presidente George Bush despertó grandes expectativas sobre su política energética. Sin embargo, durante los dos primeros años de gobierno, las principales medidas al respecto siguieron siendo los tradicionales movimientos pragmáticos "paso por paso"

Ahora que se anuncia un cambio, muchos expertos no están seguros de que sea en la dirección correcta.

El 20 de febrero pasado el refugio se volvió símbolo de la nueva propuesta energética del Gobierno de Estados Unidos. Si el Congreso aprueba el documento presentado por el secretario de Energía, James D. Watkins, el refugio se abrirá a la exploración y se incorporará tan pronto como sea posible a la producción de crudo, como parte de una estrategia que se centra en aumentar la producción y en buscar otras fuentes energéticas, pero que apenas toma en cuenta el ahorro y la conservación de la energía.

La Estrategia Nacional de Energía 1991-2010 tiene ocho objetivos: reducir 3.4 millones de b/d la demanda de petróleo hacia el 2010; aumentar 3.8 millones la producción interna en el mismo período; incrementar 16% la electricidad que se produce con base en fuentes de energía tales como la solar, la hidráulica y la geotérmica; aumentar dos millones diarios el uso de carburantes alternativos en el transporte; reducir 10% la tasa de crecimiento en el uso de electricidad; mantener la emisión de gases domésticos en el año 2000 al nivel actual; disminuir las emisiones de los automóviles, y reducir los problemas de desechos sólidos.[12]

Aunque todos los planes se parecen mucho en cuanto a propósitos generales, ya en materia de estrategias de acción concreta difieren considerablemente. La propuesta productivista del documento del gobierno de Bush se propone abrir el acceso a los yacimientos que se encuentran en áreas de gran controversia. El ANWR es sólo el más controvertido, pero hay otros: el documento prevé también la apertura a la exploración y perforación de la plataforma marina continental (contra los deseos de los bañistas de las playas californianas, ya de por sí contaminadas). También se estimulará la producción de crudo pesado y se promoverá el desarrollo de tecnologías de recuperación avanzada. En términos de seguridad nacional la estrategia pretende no la independencia energética, como lo hicieron las propuestas de Nixon, Ford y Carter, sino evitar que el abasto de petróleo crudo represente un alto riesgo, mediante el aumento de la producción y el fortalecimiento de vínculos con países que permitan mayor seguridad en los suministros (Canadá, México y Arabia Saudita).

La estrategia en el Congreso

Es probable, sin embargo, que el Congreso tenga su propia opinión sobre asuntos energéticos. Hay en la actualidad por lo menos una docena de proyectos legislativos relacionados con estas cuestiones. En la mayoría se insiste en la conservación energética, la mayor eficiencia y las restricciones ecológicas. Uno de estos proyectos, presentado la primera semana de febrero por el senador demócrata de Nevada, Richard Bryan, propone que se obligue a los fabricantes de automóviles a elevar el rendimiento del combustible: de 8.6 litros de gasolina por cada 100 kilómetros a 6.9 litros en cinco años y a 5.4 litros en diez años.[13]

Los industriales del automóvil sostienen que dar ese paso es muy difícil y que resultaría costoso en extremo. El argumento de los defensores de este tipo de leyes es muy simple, pero impecable: cualquier cosa, por optimista que sea, que se pueda lograr mediante el impulso de la producción, se puede alcanzar más fácilmente, y con mejores resultados ecológicos, mediante la conservación energética. Ponen como ejemplo el caso del ANWR.

Aunque se cumpliera la perspectiva optimista de que sólo se afectara 1% de la planicie con la usual basura: torres perforadoras, tuberías, pistas de aterrizaje, y considerando como buena una posibilidad en cinco de encontrar tanto como 3 400 barriles de crudo, se lograría una producción de 800 000 b/d en el 2005, es decir, alre-

11. *Time*, 18 de febrero de 1991.

12. Un excelente resumen del documento se encuentra en *El Financiero*, 3 y 4 de abril de 1991.

13. *Time*, *op. cit.*

dedor de 10% de la producción estadounidense actual.

Si se consideran, en cambio, dos supuestos completamente realistas: que el número de automóviles crezca en forma moderada y que se consiga un rendimiento de 40 millas por galón, entonces hacia el año 2005 se ahorrarían 2 millones de barriles de gasolina al día, más del doble de lo que se podría producir, en el más optimista de los supuestos, en el ANWR. Cabe destacar que ello tiene la ventaja adicional de que un barril que se extrae de Alaska ya no se repone. De la misma manera, el daño que se haga a la ecología de la zona, aun suponiendo que se cumplan los más rigurosos estándares, será permanente. En cambio, un barril de crudo que se ahorre mediante un mayor rendimiento traerá beneficios permanentes, tanto en la ecología como en el mercado de crudo.

La política energética estadounidense se mueve entre dos extremos: los sectores que proponen incrementar la producción interna como forma de combatir la dependencia externa y los que plantean una política de conservación, eficiencia y búsqueda de fuentes alternativas. En esa disyuntiva, la ecología ha desempeñado un papel relevante. La primera versión del proyecto de estrategia energética es una señal de que el Presidente estadounidense se inclina por una de carácter productivista, mientras que algunos de los miembros del Congreso se han mostrado partidarios de que se dé más importancia a las medidas conservacionistas. Es muy posible que la estrategia final sea un equilibrio entre las dos opciones. La pregunta principal, sin embargo, es qué tanto una u otra estrategia alcanzarán sus objetivos.

El logro de la política energética de Estados Unidos es importante no sólo para los intereses de su seguridad nacional. El equilibrio entre consumo y producción, la conciliación de los intereses industriales con las obligaciones ecologistas y, sobre todo, la prevención de que la guerra sustituya a la estrategia energética, son objetivos que competen a la humanidad entera. La sociedad estadounidense se ha desarrollado con un patrón de consumo energético que se basa en el desperdicio y la desigualdad. Otras sociedades han probado que se puede producir lo mismo con menos energía. El modelo estadounidense es imposible de emular por otras sociedades: si todo el mundo consumiera energía al ritmo al que lo hace Estados Unidos no alcanzaría la producción actual. Y aun si alcanzara, el calentamiento global del planeta y la destrucción de la capa de ozono causarían en poco tiempo un desastre ecológico universal. Ahorrar, entonces, parece la única alternativa de transformación estructural para la economía energívora estadounidense, una sociedad que da por sentado que debe tener gasolina barata y que cuando eso no sucede se siente agredida y pide al Gobierno la cabeza del agresor. □

Jesús Miguel López

Cronología de una adicción petrolera

1960. El número de automóviles en Estados Unidos llega a 62 millones o 0.29 por persona. El precio de la gasolina es de 29.3 centavos de dólar por galón (con plomo, regular, en el mercado de Houston).

1967. Se descubre petróleo en la bahía Prudhoe, en Alaska.

1970. La producción de crudo alcanza un máximo de 9.64 millones de barriles al día.

1971. Se imponen precios controlados al petróleo como parte de un programa antiinflacionario.

1972. El consumo medio anual de gasolina por automóvil alcanza un máximo de 785 galones.

1973. Se presenta el embargo árabe a raíz de la guerra del Yom Kippur. Los precios del crudo pasan de 6 dólares por barril en octubre a 16 dólares en diciembre. El número de automóviles excede de 100 millones o 0.49 por persona. El presidente Nixon elimina las cuotas a las compras en el exterior debido a que la producción interna no basta para satisfacer el consumo.

1975. Se establecen por primera vez estándares de rendimiento de combustible de los automóviles.

1977. Se termina de construir el oleoducto de Alaska.

1978. La demanda de gasolina alcanza un récord máximo de 7.4 millones de barriles diarios. El precio de la regular sin plomo es de 61.3 centavos de dólar en Houston.

1979. La producción mundial de crudo alcanza un tope máximo de 62.68 millones de barriles diarios, antes de que el Sha de Irán sea derrocado y las exportaciones calgan bruscamente. Segundo choque petrolero. El precio supera los 40 dólares por barril en el mercado libre. En Estados Unidos algunas entidades imponen por primera vez el racionamiento de gasolina.

1980. El presidente Carter declara que cualquier intento de una fuerza externa de tomar control del golfo Pérsico será tomado como un ataque a los intereses vitales de Estados Unido».

1981. La gasolina sin plomo se vende en 1.313 dólares el galón en Houston.

1986. El precio del barril se desploma a siete dólares en el mercado libre. Bush viaja a Ryad para convencer a los dirigentes sauditas de "estabilizar el mercado"

1989. El barco Exxon Valdez derrama su contenido de crudo y obliga al cierre del puerto Valdez, en Alaska. Los precios aumentan temporalmente y las preocupaciones ecológicas crecen. El número de autos sobrepasa los 143 millones, es decir, 0.58 por persona.

1990. La producción de crudo baja a 7.28 millones de barriles al día en promedio. Irak invade Kuwait.

1991. Estados Unidos comienza el bombardeo de Bagdad. □

(Tomada de *The New York Times*, 17 de febrero de 1991)